

I.

LA CALLE NUEVA DE SAN PABLO.



EXISTIA en 1658, una calle hecha hacia poco mas ó ménos de un siglo, en el sitio que constituye el feudo del abad de S. Mauro-de-Fossés: llamada la calle nueva de San Pablo, mas triste y desierta en aquel tiempo de lo que lo está hoy. Dicha calle estaba formada por hoteles construidos sólidamente en el reinado de Luis XIII, y habitados por nobles, magistrados y proveedores generales. Aquella calle, poco transitada, gozaba de una gran tranquilidad, y ademas, tenia la ventaja de hallarse situada entre el Arsenal, la Bastilla, y la plaza real: es decir, en el centro de las reuniones, de los paseos y los placeres.

Entrando por la calle nueva de San Pablo, se veía á la derecha un hotel mas grande, mas rico que los otros, construido recientemente por el célebre Semerciere, decorado con lujo, hecho de ladrillos y adornado con estatuas. Era, el hotel de M. d' Aubray, teniente civil de la ciudad de Paris. Se entraba á él por una puerta cochera, llena de esculturas de rocalla que daba paso á una gran escalera de piedra, la cual llevaba á los departamentos del primer piso.

Es preciso haber visitado algunas de esas habitaciones del siglo XVII, para formarse una idea de la grandeza y prodigiosa elevacion de las de M. d'Aubray.

La antecámara de un teniente civil en aquel tiempo, tenia un carácter particular.

Por su decoracion, hacia recordar los hechos principales de nuestra historia nacional. En la d' Aubray, se veían las batallas de Carlos VII, de Francisco I, y de Enrique IV; los retratos de cuerpo entero de los reyes de la monarquía francesa, de los *maires* de palacio, los condestables y prevostes: los mapas de provincias francesas y los planos de diversos parages de Paris.

De esta antecámara se pasaba á vastas piezas que conducian á un pequeño sa-

Baldos algunos labacos de justificacion: sin pasarse por continos...

En esta época, algunas piezas, que la importancia no se encuentra...

Historias de la calle nueva de San Pablo.

En el año de 1658, una calle hecha hacia poco mas ó ménos de un siglo, en el sitio que constituye el feudo del abad de S. Mauro-de-Fossés: llamada la calle nueva de San Pablo, mas triste y desierta en aquel tiempo de lo que lo está hoy. Dicha calle estaba formada por hoteles construidos sólidamente en el reinado de Luis XIII, y habitados por nobles, magistrados y proveedores generales. Aquella calle, poco transitada, gozaba de una gran tranquilidad, y ademas, tenia la ventaja de hallarse situada entre el Arsenal, la Bastilla, y la plaza real: es decir, en el centro de las reuniones, de los paseos y los placeres.

Entrando por la calle nueva de San Pablo, se veía á la derecha un hotel mas grande, mas rico que los otros, construido recientemente por el célebre Semerciere, decorado con lujo, hecho de ladrillos y adornado con estatuas. Era, el hotel de M. d' Aubray, teniente civil de la ciudad de Paris. Se entraba á él por una puerta cochera, llena de esculturas de rocalla que daba paso á una gran escalera de piedra, la cual llevaba á los departamentos del primer piso.

Es preciso haber visitado algunas de esas habitaciones del siglo XVII, para formarse una idea de la grandeza y prodigiosa elevacion de las de M. d'Aubray.

La antecámara de un teniente civil en aquel tiempo, tenia un carácter particular.

Por su decoracion, hacia recordar los hechos principales de nuestra historia nacional. En la d' Aubray, se veían las batallas de Carlos VII, de Francisco I, y de Enrique IV; los retratos de cuerpo entero de los reyes de la monarquía francesa, de los *maires* de palacio, los condestables y prevostes: los mapas de provincias francesas y los planos de diversos parages de Paris.

De esta antecámara se pasaba á vastas piezas que conducian á un pequeño sa-

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

lon perfumado, muy coqueto y de un orden esquisito, adornado con muebles esculpidos, lleno de espejos, de dorados, de tapicerías hechas con ahuja y de cuadros valiosos.

El que en el instante que estamos refiriendo hubiese entrado á dicho salon, se habria admirado al ver la actitud estraña de dos mugeres, jóvenes aún, sentadas delante de una chimenea.—La primera, daba su frente á la puerta de entrada; tendria veinticinco años: era pequeña, pálida y delicada: estaba sentada en un gran sillón de madera dorada, y apoyaba la cabeza sobre su mano, de una blancura deslumbrante.

Sus largos cabellos negros, caían en hermosos bucles sobre la espalda y cubrian casi todo lo alto de un cuello de encages puesto sobre un vestido de raso blanco abierto y que por delante estaba lleno de lazos y rosas azules colocadas de distancia en distancia á guisa de broches: de su cintura pendía un reloj y un medallon sostenidos por dos cadenas de oro. El rostro de esta muger, medio oculto, parecia revelar un vivo dolor: sus ojos fijos en tierra, derramaban un torrente de lágrimas.—La otra, daba frente á una ventana: tendria cuatro ó cinco años mas que la primera y un talle mas delgado: llevaba el vestido negro de las hermanas del hospital principal.—Su rostro, lleno de calma, de dulzura y de unción, parecia haber sufrido mucho. Sentada en uno de esos grandes sillones de espalda volteada que despues han sido llamados *á la Voltaire*, miraba fijamente á la jóven que estaba á su frente como para leer su pensamiento ó interpretar sus menores movimientos.

Un silencio profundo reinaba en el aposento. Solo se oía el chisparreo del fuego, y el sonido monótono de la péndula de un magnífico reloj colocado entre una *Magdalena convertida* de Sebrun, y una *Santa Familia* de Lesuer.

Ya hacia muchos minutos que duraba aquella melancólica tranquilidad, cuando la hermana de caridad tomando repentinamente la palabra, dijo con una dulzura angelical:

—Margarita, cuál es tu secreto? No sabes que siempre he sido para tí la compañera, la amiga mas fiel y mas adicta?

—Sí, hermana mia; pero ignoro si ahora serás tan indulgente como otras veces, si tus consejos tranquilizarán mi alma, si tu perdon me dará la felicidad y reposo que he perdido.

Y al decir esto, su voz se volvia débil y moribunda cual la de un agonizante.

—Dios es grande y bueno, hermana mia, confía en él!

Estas simples palabras pronunciadas por la hermana María en un tono solemne, tuvieron un completo triunfo, y su interlocutora comenzó así:

—Hace siete años, debes acordarte, acababa de cumplir mis diez y seis Añales, cuando nuestro padre M. Dreux d' Aubray fué un día al convento á verme anunciándome con mas benevolencia que de costumbre, mi próximo enlace con el señor marques de Brinvilliers, maestro de campo del regimiento de Normandía.

—Sé eso, interrumpió María, y algunos dias despues de esa corta entrevista, tú eras la hermosa *marquesita* de Brinvilliers, como entonces te llamaba monseñor Mazarin.

—Pluguiese á Dios que jamas lo hubiese sido! exclamó Margarita, á quien llamémos desde ahora, la marquesa de Brinvilliers.

Y aprocsimándose á su hermana, continuó:

—A los diez y seis años, yo ignoraba que ecsistia bajo el cielo otro sentimiento á mas de el de la amistad: amaba á mis compañeras como á hermanas, dividia en su compañía el tiempo que me dejaban libre los estudios, y era dichosa. Esta vida apacible, se cambió en un instante para no volver jamás! Salí del convento, y por obedecer á mi padre mas bien que por amor, fuí la esposa de M. de Brinvilliers.

Lo que es horroroso pensar, hermana mia, es, que mi esposo no me amaba! No se casó conmigo, mas que por tener las doscientas mil libras de mi dote. Pues bien, te lo diré: durante cuatro años, no me quejé de aquella indiferencia, porque si no era amada, tampoco amaba.

Se detuvo unos instantes para contener su emocion.

—Cinco años despues de mi matrimonio, replicó, es decir, en 1656, los desórdenes de pajes y lacayos crecian todos los dias en París: esos criados, no contentos con batirse unos contra otros, robaban á los mercaderes, insultaban á las mugeres, rompían los vidrios, turbaban las sesiones de los tribunales, arrancaban de su poder á los culpables y daban sangrientos combates á los arqueros de los prevostes. En esta época, mi esposo ausente de París, servia con su regimiento bajo el mando de Turenne, contra las tropas españolas mandadas por Condé: tú estabas en Italia, hermana mia, y yo habitaba mi casa de campo en Picpus.

Una tarde, era el 16 de Julio, salia de casa de Penantier, recaudador general del clero, que vivia entonces cerca de la torre de Nesle, y me iba á Picpus. Al pasar por el puente nuevo construido en frente de la puerta Danplúne, (1) mi cochero fué asaltado por unos lacayos que le arrojaban piedras, y unos ladrones que intentaban penetrar á mi carroza. Hacia una hora que el carnage de Mr. Tillandet se habia hecho pedazos contra el del duque de Epernon; el mio, iba á tener sin duda la misma suerte, cuando un jóven oficial que otras veces habia visto en mi paso por las calles, apareció acompañado de varios soldados. Armado con su espada, avanzó hasta mí: ataca á los mas revoltosos, hiere ó mata á aquellos que le resisten y consigue ponerlos en fuga. Bajo entonces de mi carroza para dar las gracias á aquel que me salvó la vida, pero ya habia desaparecido.

—Y no lo volviste á ver sin duda.—Sin hacer caso á la interpelacion de su hermana, la marquesa continuó:

[1] El puente al que despues se le ha dado el nombre de *Puente Nuevo*.

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

—Acababa yo de levantar del suelo una cartera en la que, cosa extraordinaria se hallaba mi retrato pintado de memoria. Me disponía á buscar entre mis gentes al dueño de tal objeto, cuando el mismo jóven con el brazo izquierdo vendado, el rostro pálido, y la cabeza ensangrentada, se presentó de nuevo. Quiso dirigirme algunas palabras... pero sus ojos se cerraron y su cuerpo cayó sobre el estribo de mi carruaje. Una hora despues, volvía en sí, en mi casa de Piepus.

La admiración de la hermana María llegaba á su colmo: hubiera querido dirigir algunas preguntas á la marquesa; pero, lo que acabada de oír, la había puesto en tal estado, que no le era posible pronunciar una sola palabra. Hizo sin embargo un esfuerzo, pero madama de Brinvilliers, preocupada con su relación, interrumpió á su hermana, que le pedía nuevas esplicaciones sobre aquel lance romanesco.

—Ocho dias despues de esta aventura,—prosiguió, acompañando sus palabras con un profundo suspiro,—un nuevo sentimiento había aparecido en mí: yo era amada, María, y amaba, esposa criminal, al caballero de Sainte-Croix, al jóven oficial del regimiento de Tracy que me había salvado la vida!...

—Tú, Margarita! exclamó la hermana María.

—No me reproches, hermana mia, porque tú no sabes, nó, lo que es casarse con un hombre sin amor; no sabes lo que es, pasar los dias y las noches con el ser que se aborrece, y encontrar en una tarde, en medio de los peligros, á aquel que se había soñado, á aquel que con una mirada, con una palabra, liga nuestra existencia como liga Dios el alma!—Tú lo habrías amado, María,—dijo con ternura,—si le hubieses encontrado en el camino de tu vida y le hubieses oído contar la suya, pobre, misteriosa, agitada: si le hubieses oído decirte:—Margarita (porque nunca supo ni el nombre de mi padre, ni el de mi marido) Margarita, no tengo ni familia ni patria: no conozco á la muger que me dió el ser, é ignoro en qué tierra ví la luz primera. Dicen que soy noble: noble, sí, pero sin nombre noble por el adulterio ó la seducción! Bella nobleza en verdad! Cuántas veces he maldecido á mis parientes cuando despues de haber hecho una acción brillante se me ha preguntado para arrojarme á la cara un grado ó una recompensa, el nombre de mi padre!... Cansado de tantos ultrajes, he procurado hacerme matar en los combates; he presentado mi pecho á las balas y la metralla; pero la muerte me huye! Os lo confesaré, Margarita. Cobardemente, he pensado en el suicidio: sí, muchas veces me he dormido con una pistola sobre el corazon, no pensando despertar jamas! Pero tenía una esperanza, y esa esperanza, sois vos. Os encontré, Margarita, bella, jóven, compasiva, y pinté vuestra imágen en este medallon: os amaba, como al único ángel que tenía en la tierra, como la única muger que debe hacerme probar la felicidad, como á una madre, como á una hermana, como á una amante!

—Pero, pregunta Sor María con un interés mezclado de curiosidad, qué se hizo ese jóven?

—Quince dias despues, su regimiento salió de París para Valenciennes, donde estaba entonces mi esposo. El partió, prometiendo darme sus noticias...

—Le dijiste, pues, tu nombre?—interrumpió Sor María.

—Nó: sus cartas debían ser dirigidas á mi casa de campo bajo el nombre de Margarita. En vano he esperado dos años, en vano espero aún!—Hace tres meses, M. de Brinvilliers me escribió diciendo que el sitio de Montmédy había sido funesto al regimiento de Tracy y que muchos oficiales habían muerto: sin duda M. de Sainte-Croix es de los de este número!

—Valor, hermana mia,—dijo María aprocsimándose á la marquesa y tomándole sus manos para consolarla:—valor, y olvida ese amor ilegítimo: no pienses en otra cosa mas que en la reparación de tu falta...

—Tú no sabes aún, María, dijo la marquesa balbuciente; pero, hay algo mas que un adulterio, hay un... —Oh! nó; no me atrevo á revelarte ese secreto terrible!

—Me espantas! exclamó la religiosa alejándose de su hermana.

—Oh! soy muy culpable! replicó la marquesa, y para recibir un alivio en mi pena, te he hecho llamar, porque conozco que no tengo valor suficiente para confesar mi crimen al confesor!

—Un crimen! oh desgraciada, te comprendo! ese viage que nos anunciaste el año pasado...

—Ese viage, le hice para ocultar mi preñez á los ojos de mi padre y de mi familia, y para salvar mi honor, el de mi marido; he cometido un crimen!

—Cómo!

—He matado á mi hijo!!!

Al oír estas palabras, Sor María dió un grito, se levantó temblando é hizo la señal de la cruz. La marquesa, inundada sus mejillas de lágrimas, lanzó una mirada suplicante á su hermana y con voz débil y entrecortada por sus suspiros y gemidos, la dijo:

—No es verdad que es horroroso el matar á su hijo, arrancar la vida voluntariamente á un inocente que nos tiende los brazos? Es un crimen,—agregó alzando la voz,—ignorado hasta en los pueblos mas bárbaros y que se comete impunemente entre nosotros para comprar el honor de una jóven ó para salvar la reputación de una muger.

—Se pudo haber criado lejos de tí;—dijo María, animada de una santa cólera.

—Podía yo hacerlo? Al confiarlo á manos estrañas, me vería obligada á decirle algun dia el secreto de su nacimiento, ó á dejarle vivir como Sainte-Croix, maldiciendo á cada instante al mundo y á su madre!

No bien hubo acabado de pronunciar estas palabras, cuando se dejó oír un ruido de caballos en el patio.

Un criado entró y anunció:

—El señor marqués de Brinvilliers!—Un rayo que hubiese caído entre aquellas dos mugeres en aquel momento, no habría producido el efecto que produjo

tal anuncio. El marques de Brinvilliers de vuelta: el que hacia tres meses no habia dado sus noticias, llegaba inesperadamente al medio de aquella terrible confesion.

La marquesa, hábil en disimular los mas grandes pesares, compuso su rostro, arregló con presura el desorden de su vestido y peinado, enjugó sus lindos ojos húmedos de lágrimas, y á pesar de su dolor supo aparentar la mayor calma.

El marques entró acompañado de M. Dreux d' Aubray y de un jóven, vestido de militar.

—Buenos dias, Señora,—dijo á la marquesa besándola en la frente, sin reparar en su turbacion, y añadiendo:

—Te presento á uno de mis nuevos amigos, un jóven prisionero que creimos muerto, y que me ha hecho los mayores servicios en el ejército.

Volviéndose al decir esto hácia el grupo del fondo, hizo seña al desconocido para que se aprocsimase, y tomándole por la mano, le dijo al oido:

—No hay que decir una palabra de mi Eulalita del teatro del *Petit-Bourbon*.

Y como si no hubiese pensado mas que en la marquesa, se acercó á ella.

—Querida amiga,—la dice,—te presento al señor caballero de Sainte-Croix, capitán del regimiento de Tracy.

Un grito se dejó oír. Madame de Brinvilliers cayó sin sentido en los brazos de su hermana.

El teniente civil corrió hácia su hija, la ecsaminó con un ojo seco, y lanzando una mirada á Sainte-Croix, se contentó con decir en voz baja:

—Esto es extraño!

## II.

### LA BASTILLA.

Allá al concluir la calle de San Antonio, en el paraje en que hoy (1) se encuentra un animal monstruoso, de un color dudoso, (2) un magestuoso cañon de estufa, decorado con el pomposo título de *Columna de Julio*, un tablado sucio por el tiempo, algunas planchas enmohecidas, unos puestecillos y algunos cuclí-

(1) 1839.

(2) El elefante de la Bastilla, que ha sido demolido despues.

llos (1) formaban ántes de la revolucion francesa, un inmenso edificio construido en 1369, en el reinado de Carlos V, por Hugues Aubriot, prevoste de Paris.

Este edificio, flanqueado por "bellas, altas y gruesas torres" como dice Christine de Pisan, y rodeado de anchos y profundos fosos, se llamaba *la Bastilla S. Antonio*, y á la vez servia de castillo-fuerte, de tesoro real y de prision de Estado.

En 1661, es decir, tres años despues de la vuelta de M. de Brinvilliers á Paris, la Bastilla San Antonio habia recibido ya en su interior un gran número de prisioneros para ser encerrados en ella, para pasar allí los mas bellos años de su vida, y muchas veces para morir! Para ello, no era necesario haber cometido un crimen, haber traicionado su pais, ni haber deshonrado su familia: era bastante el ser importante ó importuno, escritor de espíritu, ó enemigo de la nobleza, padre de una jóven bonita, ó amante de una gran señora; y sin forma de proceso un sargento del prevoste os arrestaba presentándoos una orden, y silencioso os conducia á la Bastilla. Si pediais esplicaciones, se os amarraba: si injuriabais á los arqueros ó al rey, se os ponía una mordaza, arrojándoos así por quince dias en un calabozo húmedo, abierto á treinta piés bajo la tierra, bañado por una agua pestilente y poblado de animales inmundos....

Hé aquí lo que sucedió á Sainte-Croix dos años despues de haber sido presentado á madame de Brinvilliers por su esposo.

Sainte-Croix, ébrio de felicidad y alegría, por haber encontrado en la marquesa á la muger que habia amado antes bajo el nombre de Margarita, pasaba todo su tiempo cerca de ella: la acompañaba en sus paseos, á los teatros, donde entónces se aplaudia á Tibério Fiorelli y á Dominique, que bajo los nombres de *Scaramouche* ó de *Arlequin*, se habian hecho célebres: la seguía al campo, tomaba asiento á su lado en su carroza, y la consolaba de las disipaciones insensatas y locos amores de su marido.

Un dia en que ambos iban á Picpus para visitar el célebre convento de Penitentes reformados de San Francisco, en cuya iglesia se admiraban las figuras de Germain Pilon, y un cuadro de Lebrun representando la *serpiente de bronce*, un hombre, vestido con el traje de oficial del prevostazgo, hizo parar los caballos y suplicó muy políticamente á M. de Sainte-Croix que le siguiese. Este, sin desconfiar nada, deja á la marquesa, se entrega á aquel hombre, que le lleva á una calle estrecha donde cuatro arqueros se apoderan de él y le hacen subir por fuerza en un coche.

Indignado de tal traicion, quiere hacer uso de su espada, pero ya no la tenia: pregunta al oficial por qué se le trata así y cuál es su crimen; pero éste no responde una palabra. Veinte veces hizo la misma pregunta y otras tantas solo obtuvo el silencio por respuesta. Cansado de tanta obstinacion, va á levantar las cortinas del carruage y á gritar á los pasantes pidiendo socorro; pero cuatro brazos vigorosos lo obligaron á quedarse clavado en su puesto.

(1) Tal era hace doce años el aspecto de la plaza de la Bastilla.